

brado, pues, la vida feliz más que para sentir mayor el vacío de su vida precedente? Esto fué un terrible huracán; pero sabía sufrir, y recibió el asalto de sus pensamientos tumultuosos como recibe una roca de granito las olas furiosas del Océano.

—No he podido decirla nada; ante ella pierdo la inteligencia. No sabe hasta qué punto es vil y despreciable. Nadie se ha atrevido á poner á esa criatura ante ella misma. Sin duda se ha burlado de muchos hombres, pero yo los vengaré.

Por primera vez, acaso, se mezclaba tan igualmente en el corazón de un hombre el odio y la venganza, que le era imposible al mismo Montriveau saber quién podría más, si el amor ó la venganza. Se encontró por la noche en el baile á donde debía ir la duquesa de Langeais, y casi se desesperó de herir á aquella mujer, á la cual estuvo tentado de atribuir algo de diabólico: se mostró para él graciosa y llena de agradables sonrisas, sin duda porque no quería dejar creer al mundo que se había comprometido con el señor de Montriveau. Un mutuo enfado traiciona al amor. Pero que la duquesa no cambiase sus maneras cuando el marqués estaba sombrío y apenado, ¿no era hacer ver que Armando no había obtenido nada de ella? El mundo sabe adivinar bien la desgracia de los hombres desdeñados, y no los confunde con las disputas que ciertas mujeres ordenan á sus amantes que afecten con la esperanza de ocultar un mutuo amor. Y todo el mundo se burló de Montriveau, que, no habiendo consultado su cornac, permaneció sombrío y apenado, mientras el señor de Ronquerolles tal vez le había prescrito comprometer á la duquesa respondiendo á sus falsas amistades con demostraciones apasionadas. Armando de Montriveau abandonó el baile, sintiendo horror por la naturaleza humana y creyendo aún apenas en tan completas perversidades.

—Si no hay verdugos para semejantes crímenes, dijo mirando las ventanas iluminadas de los salones donde bailaban, hablaban y reían las mujeres más seductoras de París, yo te cogeré por el cogote, señora duquesa, y te haré sentir un hierro mucho más cortante que lo es la cuchilla de la Greve. Acero contra acero, veremos qué corazón será más cortante.

Durante una semana aproximadamente, la señora de

Langeais esperó ver al señor de Montriveau; pero Armando se contentó con enviar todas las mañanas su tarjeta al palacio de Langeais. Cada vez que era remitida aquella tarjeta á la duquesa, ésta no podía menos de estremecerse, herida por siniestros pensamientos, pero indistintos como lo es un presentimiento de desgracia. Al leer aquel nombre, tan pronto creía sentir en sus cabellos la mano poderosa de aquel hombre implacable, y aquel nombre le pronosticaba venganzas que su movible espíritu le hacía ver atroces. Lo había estudiado demasiado bien para no temerle. ¿Sería asesinada? ¿Aquel hombre de cuello de toro la aplastaría lanzándola por encima de su cabeza? ¿la patearía? ¿Cuándo, dónde, cómo la cogería? ¿la haría sufrir y qué género de sufrimiento meditaba imponerla? Se arrepentía. Si en ciertos momentos se hubiese presentado, se habría arrojado en sus brazos con completo abandono. Todas las noches al dormirse, veía la fisonomía de Montriveau bajo un aspecto diferente. Tan pronto su sonrisa amarga, ya la contracción jupiteriana de sus cejas, su mirada de león ó algún movimiento de hombros, se lo hacían terrible. Al día siguiente la tarjeta le parecía llena de sangre. Vivía agitada por aquel nombre, más de lo que lo había sido por el amante fogoso, tenaz, exigente. Después, sus aprensiones se agrandaban aún más con el silencio; se veía obligada á prepararse, sin ayudas ajenas, á una lucha terrible de la que no le era permitido hablar. Aquella alma, altiva y dura, era más sensible á las titilaciones del odio que lo había sido antes á las caricias del amor. ¡Ah! si el general hubiese podido ver á su querida en el momento en que unía las arrugas de su frente con sus cejas, meciéndose en amargos pensamientos, en el fondo de aquel gabinete donde había saboreado tantos goces, tal vez hubiera concebido grandes esperanzas. ¿La fiereza no es uno de los sentimientos humanos que no pueden ahijar más que nobles acciones? Aunque la señora de Langeais guardase el secreto de sus pensamientos, es permitido suponer que el señor de Montriveau no le era ya indiferente. ¿No es una inmensa conquista para un hombre ocupar á una mujer? En ella debe hacerse necesariamente un progreso en un sentido ú otro. Poned una criatura femenina bajo los pies de un caballo furioso, frente á cualquier animal terrible; caerá seguramente de rodillas y esperará la muerte, pero si el animal es clemente y no la

mata completamente, amaré al caballo, al león, al toro, hablaré de ellos á gusto. La duquesa se sentía bajo las garras del león; temblaba y no odiaba. Estas dos personas tan singularmente puestas frente á frente, se encontraron tres veces en el gran mundo durante aquella semana. Cada vez, como respuesta á coquetas interrogaciones, la duquesa recibió de Armando saludos respetuosos y sonrisas llenas de una ironía tan cruel, que confirmaban todas las aprensiones inspiradas por la tarjeta. La vida no es más que como nos la hacen los sentimientos, y los sentimientos habían abierto abismos entre aquellas dos almas.

La condesa de Serizy, hermana del marqués de Ronquerolles, daba á principios de la semana siguiente un gran baile al cual debía asistir la señora de Langeais. La primera figura que vió la duquesa al entrar fué Armando. Éste la esperaba aquella vez, al menos así lo pensó ella. Ambos cambiaron una mirada. Un sudor frío brotó de pronto de todos los poros de aquella mujer. Había creído á Montriveau capaz de alguna venganza inaudita, proporcionada á su estado, aquella venganza había sido hallada, estaba dispuesta, caliente, hervía. Los ojos de aquel amante engañado le lanzaron miradas de fuego, y su rostro brillaba de odio feliz. Así, á pesar de la voluntad que tenía la duquesa de expresar la frialdad ó la impertinencia, su mirada permanecía triste, y fué á colocarse al lado de la condesa de Serizy, que no pudo menos de decirle:

—¿Qué tiene usted, mi querida Antonieta? mete usted miedo.

—Una contradanza me repondrá, respondió ella dando el brazo á un joven que se adelantaba.

La señora de Langeais se puso á valsar con una especie de furor y de transporte que redobló la pesada mirada de Montriveau. Cada vez que pasaba por delante de él su querida, sus ojos se sumergían en aquella cabeza que daba vueltas, como se sumergen los ojos del tigre en su presa. Una vez terminado el vals, la duquesa fué á sentarse al lado de la condesa, y el marqués no cesó de mirarla al mismo tiempo que hablaba con un desconocido.

—Señor, le decía, una de las cosas que han llamado más mi atención en ese viaje....

La duquesa era toda oídos.

—...Es la frase que pronunció el guardián de West-

minster mostrándole el hacha con la cual un hombre enmascarado, según dicen, cortó la cabeza de Carlos I en memoria del rey, la cual frase la dice á un curioso.

—¿Qué le dice? preguntó la señora de Serizy.

—No *toquéis el hacha*, respondió Montriveau con un sonido de voz donde había algo de amenaza.

—En verdad, señor marqués, dijo la duquesa de Langeais, mira usted mi cuello de una manera tan melodramática al repetir esa rancia historia, conocida de todos los que van á Londres, que me parece que le veo una hacha en la mano.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas riendo, aunque se había apoderado de la duquesa un sudor frío.

—Pero esa historia es, por cierta circunstancia, muy nueva, respondió Armando.

—¿Cómo es eso? dígame, se lo ruego, ¿en qué consiste?

—Consiste, señora, en que usted ha tocado el hacha, le dijo Montriveau en voz baja.

—¿Qué deslumbradora profecía repuso ella sonriendo con gracia afectada. ¿Y cuando debe caer mi cabeza?

—No deseo ver caer su bonita cabeza, señora. Temo solamente por usted alguna gran desgracia. Si la esquilasen, ¿no echaría usted de menos sus cabellos, tan bonitamente rubios, y de los que tan bien sabe usted sacar partido?....

—Pero hay personas á las cuales las mujeres gustan de hacerles esos sacrificios, y frecuentemente hasta á hombres que no saben dispensarles un movimiento de mal humor.

—Estamos de acuerdo. Pues bien, ¿si de pronto por un procedimiento químico, un burlón le quitase toda su belleza y la hiciese vieja de cien años, cuando sólo tiene usted diez y ocho?

—Pero, señor, dijo ella interrumpiéndole, la viruela es nuestra batalla de Waterloo. Al día siguiente conocemos á los que nos aman verdaderamente.

—¿No sentiría usted ese delicioso rostro que....?

—¡Ah! mucho; pero menos por mí que por aquel cuya alegría es. Sin embargo, si fuese amada sinceramente, siempre bien, ¿qué me importaría la belleza? ¿Qué opina usted, Clara?

—Es una especulación peligrosa, respondió la señora de Serizy.

—Podría preguntar á su majestad el rey de los magos,

repuo la señora de Langeais, ¿cuando he cometido la falta de tocar el hacha, yo que no he ido aún á Londres?...

—*Not so*, dijo él dejando escapar una risa burlona.

—¿Y cuando empezará el suplicio?

Aquí, Montriveau sacó fríamente su reloj y miró la hora con una convicción verdaderamente horrible.

—El día no terminará sin que le suceda una horrible desgracia.

—No soy una niña para que puedan asustarme, ó más bien, soy un niño que no conoce el peligro, dijo la duquesa, y voy á bailar sin temor al borde del abismo.

—Estoy encantado, señora, de saber que tiene tanto carácter, respondió Armando al verla ir á tomar su sitio en la cuadrilla.

A pesar de su aparente desdén por las negras predicciones de Armando, la duquesa era presa de un verdadero terror. La opresión moral y casi física bajo la cual la tenía su amante apenas cesó cuando éste dejó el baile. No obstante, después de haber gozado durante un momento del placer de respirar á sus anchas, se sorprendió de echar de menos las emociones del miedo, tan ávida es de sensaciones extremas la naturaleza femenina. Este pesar no era amor, pero pertenecía ciertamente á los sentimientos que lo preparan. Después, como si la duquesa hubiese sentido de nuevo el efecto que la hacía experimentar el señor de Montriveau, se acordó del aire de convicción con que acababa de mirar la hora, y presa de espanto, se retiró. Eran entonces, cerca de las doce. El criado que la esperaba la colocó su piel y caminó ante ella para acercar el coche; después, cuando estuvo dentro, cayó en una somnolencia bastante natural, provocada por la predicción del señor de Montriveau. Al llegar al patio, entró en un vestíbulo parecido al de su palacio; pero de pronto, no reconoció su escalera; después, en el momento en que se volvió para llamar á sus gentes, varios hombres se apoderaron de ella con rapidez, le colocaron un pañuelo en la boca, la ataron de pies y manos, y se la llevaron. La duquesa dió grandes gritos.

—Señora, tenemos orden de matarla si grita, le dijeron al oído.

El espanto de la duquesa fué tan grande que no pudo nunca explicarse cómo y por dónde fué llevada. Cuando recobró sus sentidos, se encontró ligada de pies y manos

con cuerdas de seda y acostada en una habitación de soltero. No pudo contener un grito al encontrarse con los ojos de Montriveau, que, sentado tranquilamente en un sofá y envuelto en su bata, fumaba un cigarro.

—No grite usted, señora duquesa, dijo quitándose fríamente el cigarro de la boca, tengo jaqueca. Por otra parte, voy á desatarla. Pero escuche usted bien lo que tengo el honor de decirle. (Desató delicadamente las cuerdas que oprimían los pies de la duquesa). ¿De qué le serviría gritar? nadie puede oírla. Está usted demasiado bien educada para hacer muecas inútiles. Si no se estuviese usted quieta, si quisiese luchar conmigo, la ataría de nuevo los pies y las manos. Creo que, siendo considerada, se respetará usted lo bastante para permanecer en su sofá, como estuviese en su casa sentada en el suyo, fría aún, si usted quiere... Me ha hecho usted reanudar en ese sofá muchos lloros que yo ocultaba á todo el mundo.

Mientras Montriveau la hablaba, la duquesa dirigió en torno de ella una mirada de mujer, mirada furtiva que sabe verlo todo pareciendo distraída. Le gustó mucho aquella habitación bastante parecida á la de un monje. El alma y el pensamiento del hombre dominaba en ella. Ningún adorno alteraba la pintura gris de sus paredes desnudas. En el suelo había una alfombra verde. Un sofá negro, una mesa llena de papeles, dos butacones, una cómoda adornada de un despertador y una cama muy baja cubierta con una tela roja con bordados negros griegos, anunciaban por su contextura las costumbres de una vida reducida á su más simple expresión. Un candelabro de tres brazos colocado sobre la chimenea anunciaba, por su forma egipcia, la inmensidad de los desiertos por donde había vagado tanto tiempo aquel hombre. Al lado de la cama, entre el pie que enormes patas de esfinge hacían adivinar bajo los pliegues del cobertor de la cama y una de las paredes laterales de la habitación, se encontraba una puerta ocultada con una cortina verde con franjas rojas y negras que grandes anillas sujetaban á un paño. La puerta por donde habían entrado los desconocidos tenía una cortina semejante, pero levantada por una abrazadera. A la primera mirada que la duquesa dirigió á las dos cortinas para compararlas, vió que la puerta contigua estaba abierta y que las luces rojizas encendidas en la otra pieza se dibujaban por debajo de los flecos de la cor-

tina. Su curiosidad fué naturalmente excitada por aquella luz triste, que apenas le permitía distinguir en las tinieblas algunas formas raras; pero en aquel momento no pensó que su peligro pudiese venir de allí, y quiso satisfacer un interés más ardiente.

—Señor, ¿será una indiscreción preguntarle qué es lo que piensa hacer de mí? dijo con impertinencia y burla aguda.

La duquesa creía adivinar un amor excesivo en las palabras de Montriveau. Por otra parte, para secuestrar á una mujer ¿no es preciso amarla?

—Nada, señora, respondió Armando soltando con gracia la última bocanada del humo de su cigarrillo. Está usted aquí por poco tiempo. Quiero primero explicarle lo que es usted y lo que soy yo. Cuando se retuerce usted en su sofá ó en su gabinete, no encuentro palabras para expresar mis ideas. Además, en su casa, al menor pensamiento que la desagrada, tira usted del cordón de la campanilla, grita usted muy fuerte y pone á su amante á la puerta como si fuese el último de los miserables. Aquí yo tengo ingenio. Aquí no puede nadie ponerme á la puerta. Aquí será usted mi víctima por algunos instantes, y usted tendrá la extrema bondad de escucharme. No tema nada. No la he secuestrado para decirle injurias, para obtener de usted por la violencia lo que no he sabido merecer, lo que no ha querido usted otorgarme de grado. Esto sería una iniquidad. Usted tal vez conciba la violencia, pero yo no la concibo.

Arrojó con movimiento brusco su cigarrillo al suelo diciéndole:

—Señora, le molesta el humo, ¿verdad?

En seguida se levantó, cogió de la chimenea un platito caliente, quemó en él perfumes y purificó el aire. El asombro de la duquesa sólo podía compararse á su humillación. Estaba en poder de aquel hombre, y aquel hombre no quería abusar de su poder. Sus ojos tan brillantes de amor antes, los veía tranquilos y fijos como estrellas. Tembló. Después, el terror que le inspiraba Armando fué aumentado por una de esas sensaciones petrificantes, análogas á las agitaciones sin movimiento sentidas en las pesadillas. Permaneció clavada por el miedo, creyendo ver la hoz colocada detrás de la cortina tomar intensidad bajo las aspiraciones de un soplo. De pronto los reflejos tornados más vivos habían iluminado á tres hombres enmascarados. Aquel as-

pecto horrible se desvaneció tan rápidamente, que lo tomó por un capricho de óptica.

—Señora, continuó Armando contemplándola con despreciativa frialdad, un minuto, uno solo me bastará para hacerla llorar en todos los momentos de su vida, la única eternidad de que yo puedo disponer. Yo no soy Dios. Escúcheme bien, dijo haciendo una pausa para dar solemnidad á su discurso. El amor irá siempre á capricho de usted, porque tiene usted sobre los hombres un poder sin límites; pero acuérdesese que un día llamó usted al amor: vino cándido y puro, tanto como puede serlo en la tierra; tan respetuoso como era violento, acariciador como lo es el de una mujer abnegada, ó como lo es el de una madre para su hijo; en fin, tan grande, que era una locura. Usted se ha burlado de ese amor, usted ha cometido un crimen. Derecho de toda mujer es negarse á un amor que ella comprende no poder participar. El hombre que ama sin hacerse amar, no sabría ser compadecido, y no tiene derecho á quejarse. Pero, señora duquesa, atraer hacia sí, fingiendo sentimiento, á un desgraciado privado de toda afección, hacerle comprender la felicidad en toda su plenitud, matarlo no solamente hoy, sino para su vida eterna, envenenando todas sus horas y todos sus pensamientos, á eso le llamo yo ¡un espantoso crimen!

—Señor....

—Aun no puedo permitirle que me conteste. Escuche, pues, siempre. Por otra parte, tengo derechos sobre usted, pero sólo quiero los del juez sobre el criminal, á fin de despertar su conciencia. Si no tuviese usted conciencia, no la censuraría; pero ¿es usted tan joven! y me gusta creer que aún debe usted sentir la vida en el corazón. Si la creo bastante depravada para cometer un crimen que no castigan las leyes, no la hago lo suficientemente degradada para no comprender la intención de mis palabras. Continúo.

En este momento, la duquesa oyó el ruido sordo de un soplillo, con el cual los desconocidos que acababa de entrever atizaban sin duda el fuego, cuya claridad se proyectó en la cortina; pero la mirada fulgurante de Montriveau la obligó á permanecer palpitante y con los ojos fijos ante él. Por mucha que fuese su curiosidad, el fuego de las palabras de Armando la interesaba más aún que la voz de aquel fuego misterioso.

—Señora, dijo después de una pausa, cuando en París, un verdugo debe colocar su mano sobre un asesino y acostarlo en la plancha donde la ley quiere que sea acostado un asesino para perder la cabeza... ya lo sabe usted, los periódicos previenen á los ricos y á los pobres, á fin de decir á los primeros que duerman tranquilos, y á los segundos que velen para vivir. Pues bien; usted que es religiosa, y hasta un poco devota, venga á hacer decir misas por ese hombre, usted es de la familia, pero de la rama mayor. Esta puede reinar en paz, vivir feliz y sin preocupaciones. Empujado por la miseria ó por la cólera, su hermano de presidio sólo ha matado á un hombre, y usted, ¡usted ha matado la felicidad de un hombre, su vida más hermosa sus más queridas creencias! El otro ha matado sencillamente á su víctima; la ha matado á pesar suyo, por miedo al cadalso, ¡pero usted! usted ha reunido todos los crímenes de la debilidad contra una fuerza inocente; usted ha domesticado el corazón de su paciente para devorarle mejor el corazón; lo ha llenado usted de caricias y no ha omitido ninguna de las que podían hacerle suponer, saciar y desear las delicias del amor. Le ha pedido usted mil sacrificios para negárselo todo. Le ha hecho usted ver la luz antes de sacarle los ojos. ¡Admirable valor! Tales infamias son un lujo que no comprenden esas burguesas de las que usted se burla. Estas saben entregarse y perdonar; saben amar y sufrir. Nos empequeñecen con la grandeza de sus abnegaciones. A medida que se sube á lo más alto de la sociedad, se encuentra en ella tanto lodo como hay abajo, únicamente que se endurece y se dora. Sí, para encontrar la perfección en lo innoble es preciso una hermosa educación, un gran nombre, una mujer bonita, una duquesa. Para caer debajo de todo, era preciso estar por encima de todo. Le digo mal lo que pienso, me duelen aún mucho las heridas que usted me ha causado ¡pero no crea usted que me quejo! No. Mis palabras no son la expresión de ninguna esperanza personal, y no contienen ninguna amargura. Sépalo, señora, la perdono, y este perdón es bastante completo para que se queje de haber venido á buscarlo, á pesar suyo. Únicamente, que podría usted abusar de otros corazones tan niños como el mío, y debo evitarles dolores. Me ha inspirado, pues, un pensamiento de justicia. Espíe su falta aquí

abajo, Dios la perdonará tal vez, lo deseo; pero es implacable y la herirá.

Al oír estas palabras, los ojos de aquella mujer abatida, desgarrada, se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué llora usted? Permanezca fiel á su naturaleza. Usted ha contemplado sin emoción las torturas del corazón que desgarraba. Basta, señora, consuélase. Yo ya no puedo sufrir. Otros le dirán que les ha dado usted la vida, yo le digo con delicia que me ha dado la nada. Tal vez adivina usted que no me pertenezco, que debo vivir para mis amigos, y que entonces tendré que soportar juntas la frialdad de la muerte y las penas de la vida. ¿Tendrá usted tanta bondad? Sería usted como los tigres del desierto, que hacen primero la herida y después la lamen.

La duquesa rompió á llorar.

—Évitese esos lloros, señora. Si creyese en ellos, sería para desconfiar de ellos. ¿No es uno de sus artificios? Después de todos los que usted ha empleado, ¿cómo pensar que puede haber en usted algo verdadero? Nada de usted tiene en adelante poder para conmoverme. Lo he dicho todo.

La señora de Langeais se levantó con un movimiento lleno de nobleza y de humildad á la vez.

—Está usted en su derecho tratándome duramente, dijo ella tendiendo á aquel hombre, una mano que él no cogió, sus palabras no son bastante duras aún, y merezco ese castigo.

—¡Castigarla yo, señora! pero castigar ¿no es amar? No espere usted de mí nada que se parezca á un sentimiento. Podría hacerme en mi propia causa acusador y juez, sentenciador y verdugo; pero, no. Cumpliré un deber, pero no un deseo de venganza. La venganza más cruel, es, á mi entender, el desdén de una venganza posible. ¿Quién sabe? tal vez seré el ministro de vuestros placeres. En adelante, al llevar elegantemente la triste librea con que reviste la sociedad á los criminales, tal vez se verá usted obligada á tener probidad. ¡Y entonces amará usted!

La duquesa escuchaba con una sumisión que no era fingida ni coquetamente calculada, y no tomó la palabra más que después de un intervalo de silencio.

—Armando, le dije, me parece que resistiendo al amor obedecía á todos los pudores de la mujer, y no es de usted de quien debía haber oído tales reproches, Se armó usted

de todas mis debilidades para hacer de ellas crímenes. ¿Cómo no ha supuesto que yo pudiese ser llevada más allá de mis deberes por todas las curiosidades del amor, y que al día siguiente estuviese enfadada y desolada por haber ido tan lejos? ¡Ay de mí era pecar por ignorancia. Había, se lo juro, tan buena fe en mis faltas como en mis remordimientos. Mis durezas dejaban ver más amor que el que acusaban mis complacencias. Y por otra parte, ¿de qué se queja usted? El don de mi corazón no le ha bastado, ha exigido usted brutalmente mi persona...

—¡Brutalmente! exclamó Montriveau. Pero se dijo á sí mismo: Estoy perdido si me dejo coger en disputas de palabras.

—Sí, ha entrado usted en mi casa como en casa de una de esas malas mujeres, sin respeto, sin ninguna de las atenciones del amor. ¿No tenía derecho á reflexionar? Pues bien, he reflexionado. La inconveniencia de su conducta es excusable, el amor es el principio; déjeme usted creerlo y justificarlo á mis ojos. Pues bien, Armando, en el momento en que me predecía usted esta noche una desgracia, yo creía en nuestra felicidad. Sí, tenía confianza en ese carácter noble y fiero de que me ha dado usted tantas pruebas... Y era toda tuya, añadió inclinándosele al oído. Sí, tenía no sé qué deseo de hacer feliz á un hombre tan violentamente probado por la adversidad. Amo por amo, quería un gran hombre. Cuanto más alta me sentía, menos quería descender. Confiada en ti, veía toda una vida de amor en el momento en que me mostrabas la muerte... La fuerza va siempre acompañada de la bondad. Amigo mío, eres demasiado fuerte para ser malo con una mujer que te ama. Si he cometido faltas, ¿no puedo obtener un perdón? ¿no puedo repararlas? El arrepentimiento es la gracia del amor, yo quiero ser muy graciosa para ti. ¿Cómo yo sola podría dejar de participar, como todas las mujeres, de esos temores, de esas incertidumbres, de esos miedos, que es tan natural experimentar cuando una se une para toda la vida, y que usted rompiese tan fácilmente esos lazos? Esas burguesas á las cuales me compara, se entregan, pero combaten. Pues bien, yo he combatido, pero aquí me tienes... ¡Dios mío! ¡no me escucha! exclamó interrumpiéndose, ¡Pero yo te amo! ¡pero yo soy tuya! (Cayó arrodillada ante Armando.) ¡Tuya! ¡Tuya! ¡mi único, mi solo dueño!

—Señora, dijo Armando queriendo levantarla, Antonieta no puede salvar ya á la duquesa de Langeais. No creo ya ni en una ni en otra. Usted se entregará hoy, pero tal vez se negará mañana. Ningún poder del cielo ni de la tierra podría garantizarme la dulce fidelidad de su amor. Las pruebas estaban en el pasado, nosotros no tenemos ya pasado.

En este momento, una luz brilló tan vivamente, que la duquesa no pudo evitar volver la cabeza hacia la puerta, y vió indistintamente á los tres enmascarados.

—Armando, le dijo, no quisiera desestimarle. ¿Cómo se encuentran ahí esos hombres? ¿Qué prepara usted contra mí?

—Esos hombres son tan discretos como lo seré yo mismo acerca de lo que va á pasar aquí, dijo. No vea usted en ellos más que mi brazo y mi corazón. Uno de ellos es un cirujano...

—¡Un cirujano! dijo ella; Armando, amigo mío, la incertidumbre es uno de los dolores más crueles. Hable, pues, dígame si quiere mi vida; se la daré, no tendrá que tomarla.

—¿No me ha comprendido usted, pues? replicó Montriveau. ¿No la he hablado de justicia? Voy á explicarle, añadió fríamente cogiendo un trozo de acero que había sobre la mesa, para hacer cesar sus aprensiones, lo que he decidido hacer con usted.

Le mostró una cruz de Lorena adaptada al extremo de una barra de acero.

—Dos amigos míos ponen candente en este momento una cruz cuyo modelo es este. La aplicaremos á su frente, ahí, entre los dos ojos, para que no pueda usted ocultarla con algunos diamantes y sustraerse así á las interrogaciones del mundo. Tendrá usted en fin, en la frente la marca infamante aplicada en la espalda de sus hermanos los forzados. El sufrimiento es poco, pero temía alguna crisis nerviosa ó resistencia.

—¿Resistencia? dijo ella palmoteando de alegría, no, no; quisiera ver en este momento aquí al mundo entero. ¡Ah! Armando mío, señala, señala pronto á tu criatura como á una pobre cosita tuya. Pedía pruebas de mi amor; aquí las tienes con una sola. ¡Ah! sólo veo en tu venganza clemencia y perdón, una felicidad eterna.... Cuando hayas designado así á una mujer, como tuya, cuando tengas una alma servicial que llevará tu cifra roja, pues bien, no podrás aban-

donarla, serás para siempre mío. Aislándome en la tierra, serás responsable de mi felicidad, so pena de ser un cobarde, y ¡sé que eres noble y grande! Pero la mujer que ama se señala siempre ella misma. Vengan, señores, entren y señalen á la duquesa de Langeais. Es para siempre del señor de Montriveau. Entren pronto y todos, mi frente quemará más que su hierro.

Armando se volvió bruscamente para no ver á la duquesa palpitante, arrodillada. Las mujeres acostumbradas á la vida de salón conocen el juego de los espejos. Por eso la duquesa, interesada en ver bien en los ojos de Armando, era toda ojos. Armando, que no pensaba en el espejo, dejó ver dos lágrimas rápidamente enjugadas. Cuando se volvió para levantar á la duquesa, la encontró de pie, se creía amada. Así, debió papitar vivamente al oír á Montriveau decirle con aquella firmeza que tan bien sabía ella tomar cuando se burlaba de él:

—La perdono, señora. Puede usted creerme, esta escena será como si no hubiese pasado nunca. Pero aquí, digámonos adiós. Quiero pensar que ha sido usted franca en su sofá, en sus coqueterías, franca aquí en su efusión de corazón. Adiós. Ya no tengo fe. Me atormentaría usted á mí, sería usted duquesa, y.... pero adiós, no nos comprendemos nunca. ¿Qué desea usted ahora? dijo tomando el aire de un maestro de ceremonias. ¿Entrar en su casa ó volver al baile de la señora de Serizy? He empleado todo mi poder para dejar intacta su reputación. Ni sus criados, ni el mundo pueden saber nada de lo que ha pasado entre nosotros desde hace un cuarto de hora. Sus criados la creen en el baile, su coche no ha dejado el patio de la señora de Serizy; su cupé puede encontrarse también en el patio de su palacio. ¿Dónde quiere estar?

—¿Cuál es su opinión, Armando?

—Ya no hay Armando, señora duquesa. Somos extraños el uno para el otro.

—Condúzcame, pues, al baile, dijo ella curiosa aún por poner á prueba el poder de Armando. Arroje al infierno del mundo una criatura que sufría en él y que debe continuar sufriendo si para ella no hay ya felicidad. ¡Ah! amigo mío, sin embargo, le amo como aman sus burguesas. Le amo lo bastante para saltarle al cuello en el baile, delante de todo el mundo si usted lo pidiese. Ese mundo horrible

no me ha corrompido aún. Vamos, soy joven, ven á rejuvenecerme aún más. Sí, soy una niña, tu niña, acabas de crearme. ¡Oh! ¡no me arrojes de mi Edén!

Armando hizo un gesto.

—¡Ah! si salgo, déjame al menos llevar algo de aquí, nada; esto, para ponerlo esta noche en mi corazón, dijo apoderándose de un guante de Armando, que colocó en su pañuelo. No, refuso, no soy de ese mundo de mujeres depravadas ¡tú no lo conoces, y entonces, no puedes apreciar-me! ¡sábelo, pues, algunas se entregan por unos escudos, otras son sensibles á los regalos, todo es infame en él. ¡Ah! quisiera ser una sencilla burguesa, una obrera, si prefieres una mujer que esté por debajo de ti; á una en la que la abnegación se mancha con las grandezas humanas. ¡Ah! Armando mío, hay entre los nobles grandes, castas y puras mujeres, y entonces son deliciosas. Quisiera poseer todas las noblezas para sacrificártelas; la desgracia me ha hecho duquesa; quisiera haber nacido cerca del trono, y así no me quedaría nada que sacrificarte. Sería modistilla para ti y reina para los demás.

Armando escuchaba encendiendo cigarros.

—Cuando quiera usted marcharse, le dijo, me avisará....

—Quisiera permanecer....

—Eso no, dijo él.

—Mira, estaba mal arreglado éste, exclamó apoderándose de un cigarro y devorando lo que los labios de Armando habían dejado en él.

—¿Fumarías? le dijo.

—¡Oh! ¡qué no haría yo para agradarte!

—Pues bien, váyase, señora.

—Obedezco, dijo ella llorando.

—Será preciso taparle los ojos para que no vea los caminos por donde debe pasar.

—Estoy dispuesta, Armando, dijo ella poniéndose una venda en los ojos.

—¿Ve usted?

—No.

Armando se arrodilló despacito.

—¡Ah! te oigo, dijo ella dejando escapar un grito lleno de gentileza creyendo que aquel fingido rigor iba á cesar. Quiso besarle en los labios y avanzó.

—Ve usted, señora.

—Soy un poco curiosa.

—¡Siempre me engaña usted!

—¡Ah! dijo ella con la rabia de la grandeza mal comprendida, quíteme el pañuelo y condúzcame, señor; no abriré los ojos.

Armando, fiado en su palabra al oír aquel grito, guió á la duquesa, la cual, fiel á su palabra, se hizo ciega noblemente; pero tomándola fraternalmente de la mano para hacerla tan pronto subir, tan pronto bajar, Montriveau estudió las vivas palpitaciones que agitaban el corazón de aquella mujer prontamente invadida por un amor verdadero. La señora de Langeais, feliz con poderle hablar de aquel modo, se complació en decirselo todo; pero él permaneció inflexible; y cuando la mano de la duquesa le interrogaba, la suya permanecía quieta. Por fin, después de haber caminado durante algún tiempo juntos, Armando le dijo que avanzase, ella avanzó, y se apercibió de que impedía al vestido rozar las paredes de una abertura estrecha sin duda. A la señora de Langeais la conmovió aquel cuidado, pues dejaba adivinar un poco de amor; pero esto fué en cierto modo el adiós de Montriveau, pues la dejó sin decirle ni una palabra. Al sentirse en una atmósfera caliente, la duquesa abrió los ojos y se encontró sola ante la chimenea del gabinete de la condesa de Serizy. Su primer cuidado fué reparar el desorden de su vestido, y ajustándoselo prontamente, restableció la forma de su peinado.

—Y bien, mi querida Antonieta, la buscábamos por todas partes, dijo la condesa abriendo la puerta del gabinete.

—He venido á respirar aquí, dijo ella, hace un calor insupportable en los salones.

—Todo el mundo creía que se había usted marchado; pero mi hermano Ronquerolles me ha dicho que ha visto á sus criados esperándola.

—Estoy cansadísima, querida mía, déjeme reposar un momento aquí.

Y la duquesa se sentó en el sofá.

—¿Que tiene usted? está temblando.

El marqués de Ronquerolles entró.

—Temo que no le suceda algún accidente, señora duquesa. Acabo de ver á su criado borracho como una cuba.

La duquesa no respondió, miraba la chimenea y los es-

pejos buscando en ellos las señales de su paso; además experimentaba una sensación extraordinaria al verse en medio de las alegrías del baile después de la terrible escena que acababa de dar á su vida otro curso. Se puso á temblar violentamente.

—Tengo los nervios alterados por la predicción que me ha hecho el señor de Montriveau. Aunque sea una broma, voy á ver si me turbará el hacha hasta mi sueño. Adiós, querida. Adiós, señor marqués.

Y atravesó los salones, donde fué detenida por cumplimentadores que le dieron lástima. Encontró el mundo pequeño al verse ella, la reina, tan humillada y tan pequeña. Por otra parte, ¿qué eran los hombres ante el que ella amaba verdaderamente y cuyo carácter había recobrado las proporciones gigantescas momentáneamente disminuidas por ella, pero que entonces agrandaba ella tal vez más de lo regular? No pudo menos de mirar á aquel de sus criados que la había acompañado, y lo vió dormido.

—¿No se ha movido usted de aquí? le preguntó.

—No, señora.

Al subir á su carroza, vió efectivamente á su criado en un estado de embriaguez que la hubiese asustado en cualquiera otra circunstancia; pero las grandes sacudidas de la vida quitan al temor sus alimentos vulgares. Por otra parte, llegó sin ningún accidente á su casa, pero se encontró asombrada y presa de sentimientos completamente nuevos. Para ella no había más que un hombre en el mundo, es decir que para él solo deseaba en adelante tener algún valor. Si los fisiologistas pueden definir prontamente el amor ateniéndose á las leyes de la naturaleza, los moralistas se ven mucho más apurados para explicarlo cuando quieren considerarlo en todos los desarrollos que le ha dado la sociedad. No obstante, á pesar de las mil herejías que dividen la iglesia amorosa, existe una línea recta y cortada que divide exactamente sus doctrinas, una línea que no doblarán jamás las discusiones, y cuya inflexible aplicación explica la crisis en la cual, como casi todas las mujeres, estaba sumida la duquesa. No amaba aún, tenía una pasión.

El amor y la pasión son dos diferentes estados del alma que poetas y gente del mundo, filósofos y estúpidos confunden continuamente. El amor lleva consigo una mutalidad de sentimientos, una certeza de goces que nada altera,



un excesivo y constante cambio de placeres y una excesiva y completa adherencia entre los corazones para no excluir los celos. La posesión es entonces un medio y no un objeto; una infidelidad hace sufrir, pero no separa; el alma no está nunca ardiente ni turbada, sino que es incesantemente feliz; finalmente, el deseo extendido por un soplo divino de un extremo al otro sobre la inmensidad del tiempo no los tiñe de un mismo color; la vida es azul como el cielo es puro. La pasión es el presentimiento del amor y de su infinito al cual aspiran las almas enfermas. La pasión es una esperanza que tal vez será engañada. Pasión significa á la vez sufrimiento y transición, la pasión cesa cuando muere la esperanza. Hombres y mujeres pueden sin deshonorarse, concebir mil pasiones, ¡es tan natural lanzarse hacia la felicidad! pero en la vida no hay más que un amor. Todas las discusiones, escritas ó verbales, hechas acerca de los sentimientos, pueden resumirse en estas dos preguntas: ¿Es una pasión? ¿Es amor? Como el amor no existe ni el conocimiento íntimo de los placeres que lo perpetúan, la duquesa estaba, pues, bajo el yugo de una pasión; por eso experimentaba las devoradoras agitaciones, los involuntarios cálculos, los enjutos placeres, en fin; todo lo que expresa la palabra *pasión*: sufría. En medio de las turbaciones de su alma, se encontraban remolinos levantados por su vanidad, por su amor propio, por su orgullo y por su altivez; todas estas vanidades del egoísmo se sostienen. Había dicho á un hombre. ¡Te amo! ¡soy tuya! ¿Podía haber pronunciado inútilmente aquellas palabras la duquesa de Langeais? Debía ser amada ó abdicar de su papel social. Sintiendo entonces la soledad de su lecho voluptuoso donde la voluptuosidad no había colocado aun sus pies calientes, se revolvió en él y se retorcia diciéndose: ¡Quiero ser amada! Y la fe que tenía aún en sí misma le daba esperanzas de salir airoso. La duquesa estaba picada, la vanidosa parisiense humillada, la mujer verdadera entreveía la felicidad, y su imaginación, rencorosa del tiempo perdido para la naturaleza, se complacía en hacerle ver los fuegos inextinguibles del placer. Llegaba casi á las sensaciones del amor; pero, en la duda que tenía de ser amada, se encontraba feliz diciéndose á sí misma: ¡Le amo! Tenía ganas de pisotear al mundo y á Dios. Ahora su religión era Montriveau. Pasó la mañana del día siguiente en un estado de estu-

por moral mezclado de agitaciones corporales que nada podría expresar. Rompió tantas cartas como escribió é hizo mil suposiciones imposibles. A la hora en que Montriveau iba antes, quiso creer que iría, y se recreó en esperarle. Su vida se concentró en el solo sentido del oído. Cerraba algunas veces los ojos y se esforzaba en oír á través de los espacios. Después deseaba el poder de destruir todo obstáculo entre ella y su amante, á fin de obtener ese silencio absoluto que permite percibir el ruido á enormes distancias. En aquel recogimiento, las pulsaciones del reloj le fueron odiosas, era una especie de habladora siniestra que ella detuvo. Las doce dieron en el salón.

—¡Dios mío! se dijo, verle aquí sería una felicidad. Y sin embargo, antes venía, traído por el deseo. Su voz llenaba este gabinete. Y ahora, ¡nada!

Al acordarse de las escenas de coquetería que había representado, y que lo habían transformado, lágrimas de desesperación brotaron de sus ojos durante largo rato.

—La señora duquesa, le dijo su camarera, no sabe sin duda que son las dos, y he creído que la señora estaba indispuesta.

—Sí, voy á acostarme; pero acuértese, Susana, dijo la duquesa de Langeais enjugándose las lágrimas, de no entrar nunca en mis habitaciones sin que se lo ordenen, y no se lo repetiré dos veces.

Durante una semana la duquesa de Langeais fué á todas las casas donde esperaba encontrar al señor de Montriveau. Contraria á sus costumbres, iba temprano y se retiraba tarde; no bailaba, jugaba. ¡Tentativas inútiles! no pudo lograr ver á Armando, cuyo nombre no se atrevía á pronunciar. Sin embargo, una noche, en un momento de desesperación, le dijo á la señora de Serizy con tanta indiferencia como le fué posible adoptar:

—¿Está usted reñida con el señor de Montriveau? no lo veo ya en su casa.

—Ya no viene aquí, dijo la condesa riendo. Por otra parte, no le veo en ningún sitio, debe estar ocupado con alguna mujer.

—Creía, dijo la duquesa con dulzura, que el marqués de Ronquerolles era amigo suyo.

—Nunca le he oído decir á mi hermano que lo conociese. La señora de Langeais no respondió. La señora de Serizy

creyó entonces poder fustigar una amistad discreta que le había sido amarga tanto tiempo y volvió á tomar la palabra.

—¿Echa usted de menos á ese triste personaje? Tengo que decir muchas cosas monstruosas de él, hiérole, y no vuelve más, no perdona nada; ámale, y lo encadenarás. A todo lo que decía de él, me respondió siempre uno que lo ponía por las nubes: *¡Sabe amar!* No cesan de repetir: Montriveau lo dejaría todo por un amigo, es una alma inmensa. ¡Ah! ¡ah! la sociedad no exige almas tan grandes. Los hombres de ese carácter están muy bien en sus casas, que se queden en ellas, y que nos dejen con nuestras pequeñeces. ¿Qué dice usted de esto, Antonieta?

A pesar de su costumbre del gran mundo, la duquesa pareció agitada; pero no obstante, dijo con una naturalidad que engañó á su amiga:

—Estoy enfadada por no verle ya, me inspiraba mucho interés y le consagraba una amistad sincera. Aunque me encuentre usted ridícula, querida amiga, amo las grandes almas. Entregarse á un estúpido, ¿no es confesar claramente que sólo se tienen sentidos?

La señora de Serizy nunca había *distinguido* más que á gentes vulgares, y en aquel momento era amada por un hombre hermoso, el marqués de Aiglemont.

La condesa abrevió su visita, créanlo. Después, la señora de Langeais, viendo una esperanza en el retiro absoluto de Armando, le escribió en seguida una carta humilde y dulce que debía conducirlo á su lado, si la amaba aún. Hizo llevar la carta por su ayuda de cámara, y cuando éste estuvo de vuelta, le preguntó si se la había entregado al mismo Montriveau; después, ante la respuesta afirmativa, no pudo contener su alegría. ¡Armando estaba en París, y solo, en su casa, sin ir al gran mundo! Era, pues, amada. Durante todo el día esperó una respuesta, y la respuesta no vino. En medio de las crisis crecientes que le ocasionó la impaciencia, Antonieta se justificó aquella tardanza: Armando estaba embarazado, la respuesta sería por correo; pero por la noche no pudo dudar ya. Día horrible mezclado de sufrimientos que agradan, de palpitaciones que aplastan, de excesos de corazón que gastan la vida. Al día siguiente mandó á buscar una respuesta á casa de Armando.

—El señor marqués ha dicho que vendría á casa de la señora duquesa, respondió Julio,

La duquesa se escapó á fin de no dejar ver su felicidad y cayó en el sofá para devorar en él sus primeras emociones.

—¡Va á venir! esta respuesta le desgarró el alma, ¡Desgraciados, en efecto, los seres para los cuales la espera no es la más horrible de las tempestades y la fecundación de los más dulces placeres, porque esos no poseen esa llama que revela las imágenes de las cosas y dobla la naturaleza uniéndonos tanto á la esencia pura de los objetos como á su realidad! En amor, esperar ¿no es agotar incesantemente una esperanza cierta, abandonarse al azote terrible de la pasión, feliz con los desencantos de la realidad? Tan pronto dejamos los deslumbradores y estériles colores del coreopsis y de los tulipanes, como volvemos á aspirar sin cesar los deliciosos pensamientos del naranjo ó del volkameria, dos flores que sus patrias han comparado involuntariamente á dos jóvenes recién casadas llenas de amor, llenas de hermosos recuerdos y con un porvenir hermoso.

La duquesa se instruyó de los placeres de su nueva vida sintiendo con una especie de embriaguez esas flagelaciones del amor; después, al cambiar de sentimientos, halló otros destinos y mejor sentido á las cosas de la vida. Al precipitarse en su gabinete-tocador, comprendió lo que son los refrajamientos del vestir, los cuidados corporales más minuciosos, cuando son condenados por el amor y no por la vanidad; pronto estos aprestos la ayudaron á soportar la duración del tiempo. Una vez terminado su tocado, cayó en excesivas agitaciones, en los fulminamientos nerviosos de ese horrible poder que pone en fermentación todas las ideas, y que tal vez sólo es una enfermedad cuyos sufrimientos ama uno. La duquesa estaba lista á las dos de la tarde, y el señor de Montriveau no había llegado aún á las once y media de la noche. Explicar las angustias de aquella mujer, que podía pasar por el niño mimado de la civilización, sería querer decir las penas que puede concentrar en el corazón un pensamiento; querer pesar la fuerza que exhala el alma al ruido de una campanilla, ó apreciar lo que consume de vida el abatimiento causado por un coche cuyo rodar continúa sin detenerse.

—¿Se burlará de mí? dijo la duquesa al oír dar las doce. Palideció, sus dientes chocaron y se golpeó las manos en aquel gabinete donde antes, pensaba ella, aparecía sin ser llamado. Pero se resignó. ¿No la había hecho palidecer y